

# Palabras que caen como ceniza

Bruno Anzaldo Valdez

*Bachillerato en Artes y Humanidades "José Guadalupe Posada", 5° semestre*

No recuerdo cuándo fue la última vez que hablé sinceramente con una persona. Pareciera que el contacto con otro ser humano era más complicado de lo que mi padre solía decir por las noches cuando, un poco tomado, evocaba a la nostalgia. Sus palabras narraban un mundo que parecía tan falso comparado con lo que yo conocía, y nombraba más personas de las que había conocido en toda mi vida; hablaba de lugares llenos de plantas y flores de colores, de otros que se vestían de vegetación como el cobre, y de sitios con agua tan transparente como el vidrio. No me cabía en la cabeza un lugar así, menos cuando había pasado toda una vida manejando en un desierto que nunca termina, extendiéndose hacia todas direcciones; su cielo teñido entre rojo y café, acompañado de la lluvia de ceniza que nunca cesa.

—Fue culpa de las palabras —decía mi padre después de contar unas cuantas anécdotas y describir no sé cuántos lugares. Luego inhalaba profundo y lo exhalaba en un suspiro prominente—. Todo comenzó cerca de un mes después de que naciste. Eras tan pequeño y hermoso... lo más hermoso que había visto en mi vida. Tú y tu madre, con su pelo castaño y ojos cafés como la madera, eran mi razón de seguir adelante a pesar de todo..., lo que me motivaba a ser algo más que un fracaso. Pero entonces llegaron las noticias, y todo colapsó. El fin del mundo se asomó por los cielos junto con la lluvia de ceniza. La verdad, ya ni siquiera recuerdo si fue culpa de un meteorito, una guerra nuclear, el calentamiento global o un apocalipsis zombi. Tal vez fue como en las novelas y películas de ciencia ficción en que la Tierra es invadida por extraterrestres con horribles tentáculos o tecnología súper avanzada... no, más bien recuerdo que fue culpa de las palabras. De las que faltaron... y de las que sobraron. Mentiras. Hipocresía. La decisión de quiénes debían vivir. Claro, eso lo decidieron los de arriba mientras todos los de abajo no hicimos otra cosa más que observar.

Ciertamente nosotros fuimos las palabras que faltaron. Y la decisión fue tomada.

Al mismo tiempo que el cielo se tiñó de rojo y la ceniza empezó a caer, los de arriba partieron en enormes cajas de metal. Algunos bajo la tierra, otros al fondo del mar, y solo los de más arriba, al cielo. Los de abajo, en cambio, sobrevivimos.

Sobrevivimos a costa del otro.

Matar, robar, extorsionar era el pan de cada día. Yo, junto a tu madre y tú -aún en brazos-, intentamos escapar en este mismo y oxidado coche. Pareciera que fuera ayer cuando ella se quedó atrás, mientras me gritaba, desgarrada: “¡Sobrevivan, sobrevivan y vayan más allá de este desierto!” Tras eso, unas cuantas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Se levantó, se acercó a mí y me dijo:

—Estoy enferma y no me queda mucho tiempo. Cuando me convierta en ceniza, por favor... ve más allá de las montañas. Allá donde haya campos y ríos... y suéltame como lluvia de ceniza, para que el paisaje sepa que sí llegué. Prométeme que lo harás.

Hacía tres semanas ya que me lo había dicho por última vez, pero se convirtió en el único propósito de mi vida, la única forma de seguir vivo: ir más allá de las montañas. Manejar, parar, dormir, cambiar lo que me sobraba de comida por combustible (mis comidas se reducían a un trozo de pan cada noche). Lo mismo, todos los días, durante un mes y medio. A pesar de que nadie había logrado cruzar ese desierto, yo me aferré a lo único que me quedaba: una promesa. Unas palabras. Al final, llegué. Casi al amanecer, con hambre, sed, cansancio y sueño. Casi sin saber cómo logré pasar las montañas en ese pequeño y oxidado coche.

La escena a mis ojos me dejó sin palabras. Frente a mí, un desierto verde se desplegaba como si no tuviera fin. Pensé en los ojos de algunas personas, tan vivos, tan profundos...

¡No! No era un desierto, aunque lo abarcara todo. Era un bosque.

Un bosque inmenso, como el que mi padre solía nombrar con un respeto casi sagrado. Sus árboles se alzaban a modo de columnas antiguas y la espesura se extendía hasta fundirse con el horizonte.

Jamás había visto algo tan vivo, tan salvajemente hermoso.

Era como si el mundo respirara desde ahí.

Y el cielo..., por primera vez, no era rojo, sino azul. Un azul limpio, tembloroso, que parecía mirar de vuelta. Crucé rápidamente,

y apenas bajé de la montaña vi otro coche. Pero a diferencia del mío, parecía no haber tenido la misma suerte: estaba destrozado. No supe cómo, solo que había chocado contra un enorme árbol. Busqué señales de vida y, al asomarme por la ventana del copiloto, una mujer extendió sus brazos con un bebé en ellos.

—Cuidala... por favor, cuidala. Deja que mi niña sobreviva...

No sé cuánto tiempo llevaba ahí, pero parecía haber guardado toda su fuerza para decir esas palabras.

—Yo... —no supe qué decir. Nunca nadie había dejado una vida en mis manos.

—Te lo ruego... —la mujer reflejaba en sus ojos esperanza, como si hubiera visto en mí algo que ella no pudo lograr.

—Lo prometo —dije. Y justo después, la mujer se convirtió en ceniza.

Tal parece que logró el milagro de vivir hasta encomendar todo lo que le quedaba a alguien más.

Sin otra cosa que hacer, tomé los recursos que pude de ese accidente, puse a la niña en el asiento del copiloto de mi coche, abrí la cajuela y saqué una pequeña caja negra. La abrí y solté su contenido al viento. El cielo era azul. Y ante aquel paisaje dije en voz alta, mientras las cenizas, de quien fue mi padre, volaban:

—Papá, no dejaré que mis palabras caigan como la ceniza. Cumplí la promesa que te hice, pero ahora tengo otra que cumplir, y sé que, al menos, intentaré sobrevivir. Así como tú. Así como mamá. Así como me enseñaste —esperé unos minutos aún contemplando el paisaje, hasta que el llanto de la bebé me alertó. Subí al carro y, tratando de consolarla, comenzó otro día más.

Otro día sobreviviendo.

Sobreviviendo... hasta que yo también me convierta en ceniza.